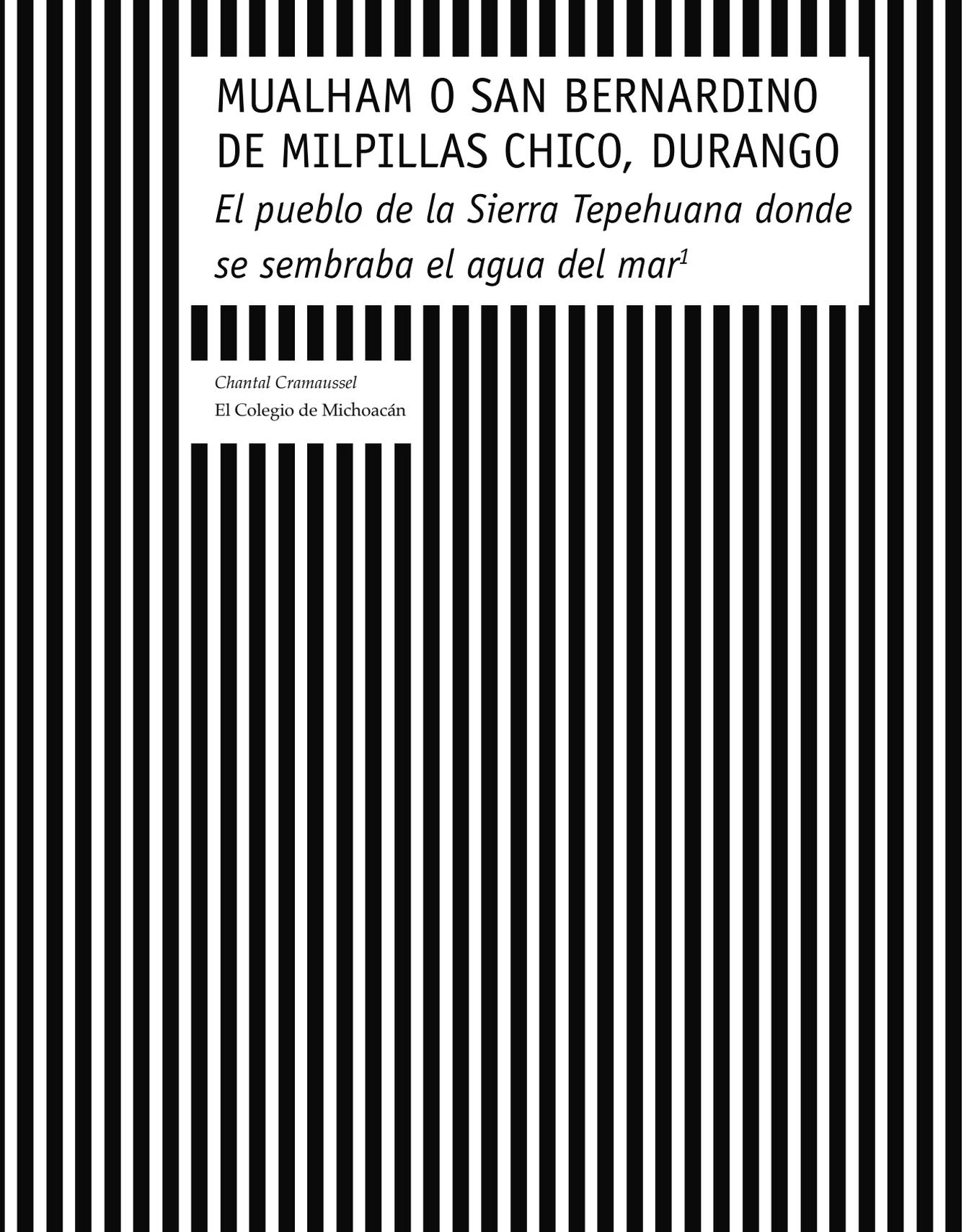




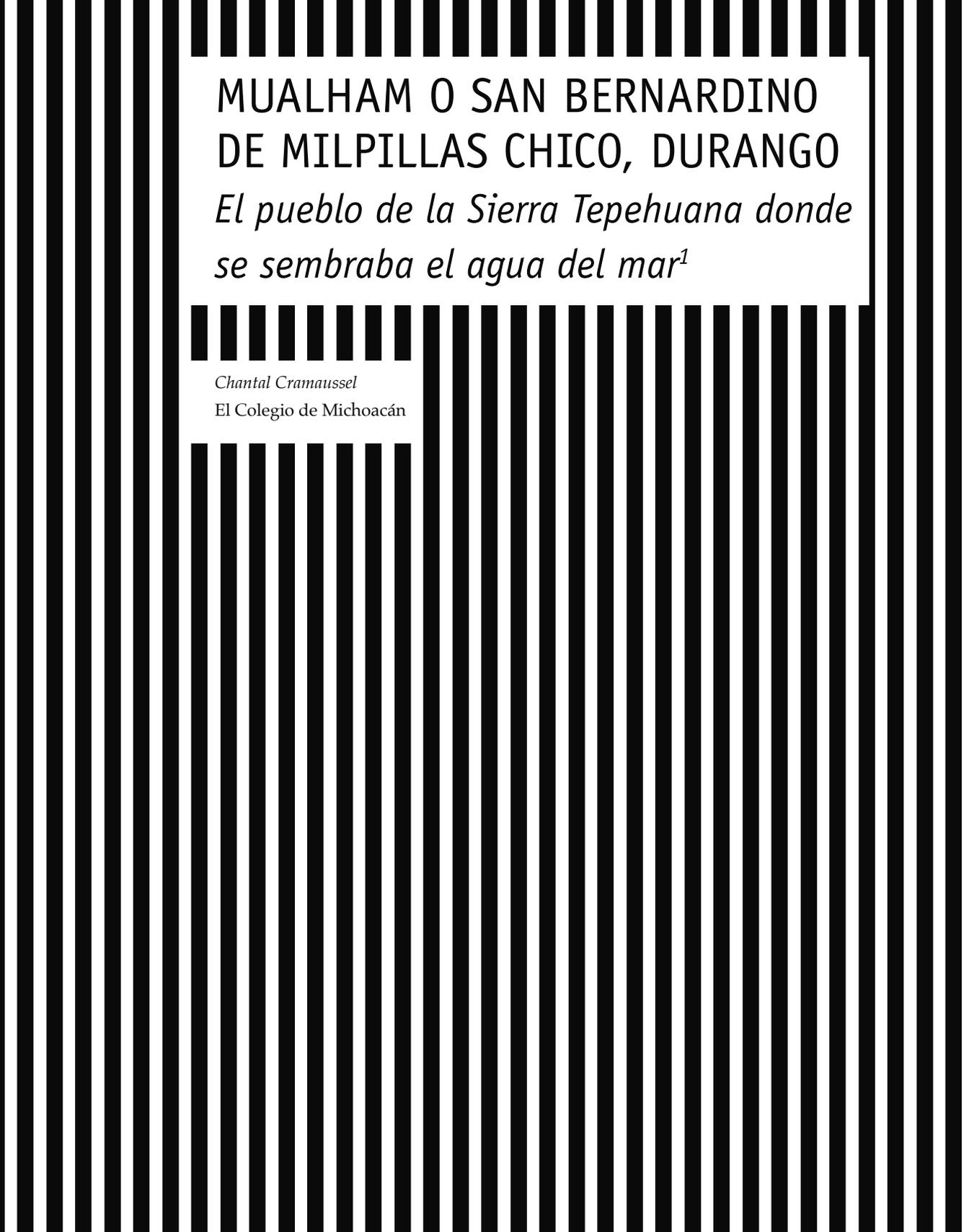
MUALHAM O SAN BERNARDINO
DE MILPILLAS CHICO, DURANGO

*El pueblo de la Sierra Tepehuana donde
se sembraba el agua del mar¹*



Chantal Cramaussel

El Colegio de Michoacán



El aprovechamiento de diferentes pisos ecológicos por las culturas amerindias es un tema importante para los especialistas de la cultura andina² pero ha caído en el olvido en México, donde la altura sobre el nivel del mar modifica también el clima cálido del Trópico. Alejandro de Humboldt a principios del siglo XIX había destacado sin embargo este rasgo sobresaliente de la geografía novohispana.³ La gran civilización del valle del Anáhuac, por su parte, ha opacado las culturas que no estaban en el altiplano central, además la falta de interés por esta últimas en México se debe también a la actual baja densidad de habitantes en las sierras que van a dar al mar, las cuales estaban sin duda mucho mejor pobladas en la época prehispánica. Éste es el caso de la región tepehuana en la vertiente oeste de la Sierra Madre Occidental, Durango, en la que la mayor parte de los asentamientos *audam* se sitúa entre los 1,500 y 2,000 metros de altitud y está cerca de la barranca del San Diego o del Mezquital (véase mapa 1).⁴ San Bernardino de Milpillas Chico se ubica a 2,000 metros sobre el nivel del mar, pero a unas cuantas horas a pie se encuentran las rancherías de la barranca que se localizan entre 700 y 1000 metros de altitud. A más corta distancia, hacia el Cerro Gordo, el relieve se eleva por encima de los 2,000 metros.

La riqueza cultural que significa aprovechar distintos pisos ecológicos es algo que se está perdiendo en la sierra duranguense y en particular en Milpillas, pueblo *audam*⁵ que ha abandonando muchas de sus prácticas ancestrales a lo largo de los últimos cincuenta años. El presente artículo inicia con un resumen del proceso reciente de acelerado mestizaje cultural en ese lugar tal y como se puede reconstruir por la historia oral y documental, para explicar cómo se han desvanecido los vínculos de San Bernardino con el mar y la costa, con la barranca del río San Diego, y finalmente con las tierras altas situadas al este del asentamiento. Estos vínculos nos remiten directamente a la cultura material tepehuana la cual está ligada a su vez con la vida simbólica y ritual de sus integrantes.

La movilidad de la población *audam* y la obtención de muy diversos recursos alimentarios en distintos nichos ecológicos son

1 Este artículo es fruto de dos temporadas de campo en San Bernardino de Milpillas, en febrero y en agosto de 2010. Durante la segunda temporada, me ayudó Gerardo Bañales en recopilar parte de los datos que a continuación se presentan y analizan. Doy las gracias también a Miguel Vallebuena, y al Lic. Rubén Ontiveros quien nos proporcionó el medio de transporte entre Durango y Milpillas. Agradezco al Sr. Domitilio Santillán González y a su esposa Margarita Avitia Simental por su hospitalidad además de las interesantes pláticas que me fueron de gran utilidad para escribir el presente artículo. El Sr. Ezequiel Vázquez Martínez me introdujo en la comunidad y compartió sus recuerdos acerca de la vida en Milpillas hace unas décadas. Varios habitantes del pueblo me brindaron también valiosa información: don Próspero Ramos Cepeda conserva una gran parte de la memoria de la comunidad, además de la Sra. Felipa Tomás Galindo, del Sr. Evaristo Flores González, del Sr. Andrés Avitia Ramos y del Sr. Venancio Melero Romero. Agradezco también a las autoridades tradicionales, en especial a don Próspero Ramos, quien fue gobernador tradicional en 2009-2010 y al actual gobernador don Miguel Olivas Vázquez.

2 Véase en particular los trabajos de John Victor Murra quien desarrolló investigaciones acerca del aprovechamiento de los diferentes pisos ecológicos de los Andes por parte de los incas y la relación de la sociedad de las tierras altas con la costa y el mar. Su libro más importante se intitula *La organización económica del estado inca*, México, siglo XXI, 1980.

3 Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva*

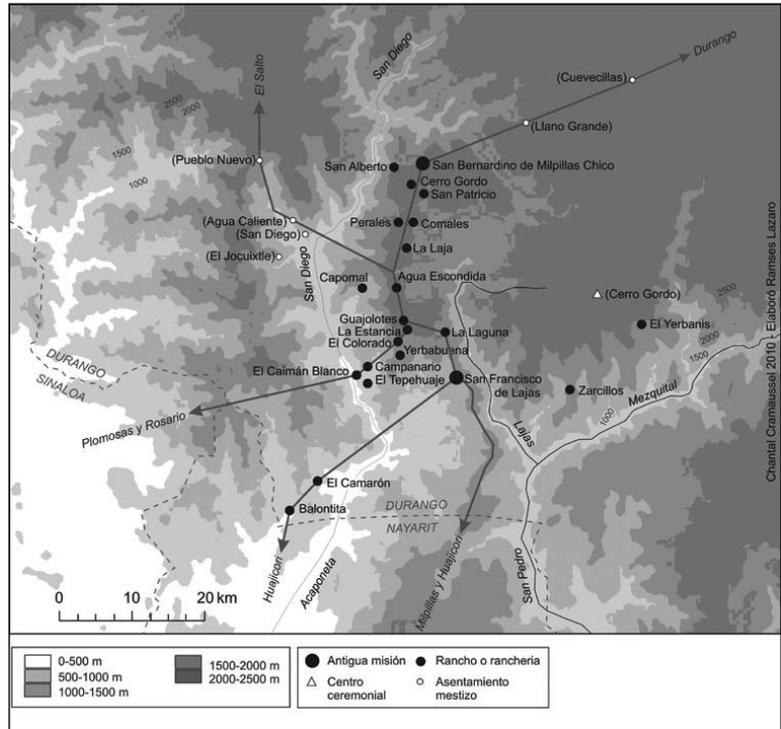
España, Colección Sepan Cuantos, núm. 39, México, Porrúa, 1966, libro I, cap. III, p. 19: “Apenas hay un punto en el globo, en donde las montañas presentan una construcción tan extraordinaria como las de la Nueva España”.

4 La ubicación de los límites del estado de Durango estaba equivocada en el mapa que publiqué en el artículo: Cramaussel, Chantal, “Historia del poblamiento del municipio de Pueblo Nuevo, Durango”, *Revista de Historia* 37, 2009, pp. 10-37. Camarón y Balontita pertenecen al estado de Durango.

5 Variante lingüística del tepehuán que se habla al oeste del Mezquital y se distingue del o'dam hablado del otro lado de la barranca de ese río.

6 Aunque para criterios actuales éstas tienen mucho que desear ya que el camino entre Durango y Milpillas no está pavimentado. La comunidad cuenta con dos autobuses que van y vienen del pueblo a la capital estatal aun cuando las lluvias entorpecen el tránsito. Se abrió el bordo para vehículos en 1958-1959. Antes el viaje a pie hasta Durango era de cuatro días, a El Salto por las quebradas día y medio, a Rosario tres días.

7 Hubo varios intentos en la primera mitad del siglo XX para establecer escuelas, como se puede ver en los documentos conservados en el archivo histórico de Milpillas. En 1918 funcionaba una escuela llamada de Guadalupe y en 1926 daba clases una maestra pagada por el gobierno llamada Margarita Arreola quien quería obligar a todos los niños a ir a la escuela y responsabilizaba al gobernador de la poca asistencia de los menores. Más tarde don Evaristo Flores fue maestro alfabetizante durante cuatro años. La primera escuela formal se instaló en 1954 pero no atendía de manera continua a los niños, la enseñanza se hizo regular a partir de 1975. Denuncian



MAPA 1. La Sierra Tepehuana *audam* (1910-1940).

FUENTES: CENSOS NACIONALES DE 1910, 1920 Y 1940. NO SE LOCALIZÓ LA TOTALIDAD DE LOS ASENTAMIENTOS.

patrones que ni los españoles ni el estado mexicano han modificado por completo. Éstos forman parte de la cultura local y han permitido a los tepehuanos enfrentarse a conflictos bélicos durante los cuales los blancos eran los pueblos sedentarios establecidos, sin desintegrarse como grupo social.

“SE EMPEZÓ A DEGENERAR LA SANGRE, TODOS SEMOS IGUALES AHORA”: EL PROCESO DE MESTIZAJE CULTURAL

Milpillas es desde hace medio siglo un pueblo en rápido proceso de cambio, en razón principalmente del mejoramiento de las comunicaciones,⁶ del establecimiento de escuelas⁷ y de su integración a la vida económica nacional por el corte y la venta de la madera desde los años setenta.⁸ Todo ello ha alterado de manera muy significativa la vida cotidiana de los habitantes de la región, aunque hay tepehuanos quienes olvidándose



Panorámica del pueblo de Milpillas.

FOTO: GERARDO BAÑALES, 2010.

de lo anterior atribuyen la pérdida de las costumbres locales a los “mestizos mentados”. La clínica local, por su parte, se fundó a fines del siglo XX⁹ y las actas del Registro Civil comenzaron a levantarse con regularidad en los mismos años. San Bernardino de Milpillas Chico es considerado como comunidad indígena, cuenta con autoridades tradicionales y una oficina de la CDI. Se ubica en el municipio de Pueblo Nuevo, cuya cabecera está en El Salto. Su población era de 1,092 habitantes en 2000, según el censo que se levantó entonces pero hay dos veces más personas que radican en las rancherías anexas.¹⁰

En Milpillas, como en muchos otros lugares de la sierra, uno de los primeros rasgos culturales que se perdió, a mediados del siglo XX, fue la vestimenta y el peinado. Al igual que en la comunidad tepehuana vecina de San Francisco de Lajas,¹³ personas mayores recuerdan que a principios del siglo pasado los hombres usaban una trenza, a veces adornada con un moño rojo; en cuanto a las mujeres ya no tienen dos trenzas sino una cola de caballo o el pelo suelto y a veces corto, adoptaron los collares y los aretes para su adorno personal así como el lápiz labial. En la actualidad, sólo dos hombres ya grandes usan el calzón y camisa de manta así como el sombrero de *soyate* que los acompaña pero tienen el pelo corto.¹²

los lugareños que en un principio los maestros sólo llegaban a pasar lista para poder cobrar y se regresaban luego a Durango. En la actualidad, Milpillas tiene primaria, secundaria y bachillerato.

El programa Oportunidades ha logrado la integración de prácticamente todos los niños de la comunidad al sistema escolar porque los apoyos que se dan a los padres de familia dependen de la asistencia de sus hijos a los planteles.

8 Los aserraderos pertenecen a la comunidad desde 1973. Se reparten las utilidades dos veces al año, en febrero y en julio. Antes de 1973 los comuneros rentaban el bosque a las compañías de Pinos Altos, Pino Blanco y Ponderosa. Pero éstas se aprovechaban mucho de los indígenas: en 1940 les daban 3 pesos a cada comunero cuando un metro de manta costaba peso y medio y se necesitaba dos metros de tela para hacer un calzón.

9 En 1990. Pero todavía el recurrir a los curanderos es muy frecuente a pesar del alto costo que implica atenderse con ellos.

10 Milpillas fue reconocido como “comunidad” por las autoridades de la Reforma Agraria en 1963. Los comuneros eran 1150 en total, lo cual representa la tercera parte de la población actual (considerando a los habitantes de los anexos). Se ha solicitado en vano derechos agrarios y de monte para 600 personas más.

11 El último en usar trenza se llamaba Matías Ramos, este señor falleció en 1945. Los habitantes de Lajas, en cambio, se visten actualmente con el traje local, de brillantes telas sintéticas para las mujeres a la usanza tradicional del siglo XX: Chantal Cramausse, “La región de San Francisco de Lajas, Durango. Los tepehuanos audam de la vertiente occidental de la Sierra Madre”, *Transición* 35, 2007, pp. 21-22.

12 Se trata de don Benito Santillán y de José Mayorquín Bartolo.

13 Palabra que se refiere desde cuando menos el siglo antepasado a los habitantes indígenas de los pueblos de la sierra.

Hace todavía medio siglo los encajes y todas las telas (la orlanda y cabeza de indio eran las más comunes) se compraban en Durango pero la vestimenta se confeccionaba en la sierra. La ropa interior ahora de uso general era desconocida. El alto costo de la vestimenta hacía que mucha gente no tuviera a veces más que un solo juego que se remendaba cada vez que se podía, se lavaba y dejaba secar enseguida, pero entonces “no había mirones”. Las mujeres que antes estaban descalzas visten en el siglo XXI al igual que las de las ciudades sólo que la mayoría no se pone pantalones y se cubre la cabeza para entrar a la iglesia. Los huaraches de tres puntadas con suela de hule son todavía de uso común pero tienden a remplazarlos las botas, los tenis y los zapatos cerrados. La gente en general se abriga más que antes, comentan personas de edad que cuando la vestimenta tradicional era de rigor, incluso cuando caía nieve, no se cubrían los tepehuanos con zarapes. Aguantar el frío ayudaba a “amacizar los huesos” según la creencia de entonces. La pérdida del traje local llevan a algunos a declarar “unos semos indígenas, otros no, ahora nos vestimos bien.”

La lengua tepehuana, por su parte, está siendo sustituida por el español desde mediados del siglo XX; en las reuniones de la comunidad no es utilizada porque muchos habitantes de Milpillas no la entienden ya. No existe ningún esfuerzo notable para promoverla tampoco en las escuelas donde hace cuatro décadas todavía se castigaba a los niños quienes se comunicaban en *audam* en las aulas. Hoy, pocas veces se escucha hablar tepehuán en la vía pública y muchas son las familias en las que los padres no transmiten el conocimiento de la lengua a sus hijos, privándolos de una capacidad lingüística la cual les permitiría aprender con facilidad cualquier otro idioma del mundo, además de la pérdida cultural que significa desde luego dejar de hablar la lengua de la región. La gente mayor lamenta este olvido del idioma y dudan en afirmar que los habitantes de Milpillas siguen siendo tepehuanos porque la mayoría se expresa en español en la vida cotidiana. Existe una opinión general en Milpillas acerca de la importancia de la lengua “el traje no tiene que ver nada, lo que quiere decir es la idioma”, “ya somos mestizos, no hablamos el idioma”. Y de los que se visten a la usanza tradicional para las ceremonias pero que ignoran el tepehuán se dice que son “por encima poblanos,¹³ por adentro nada porque ya no saben hablar el idioma”. Como

algunos rituales exigen el uso de la lengua tradicional, en los años sesenta se ideó nombrar a dos gobernadores, se instituyó así el cargo de “gobernador atribo” para ejercer todo lo que tuviera que ver con “el costumbre”¹⁴ mientras que el otro gobernador tradicional cumpliría con las demás funciones de mando. Pero no duró más de dos años ese intento que pretendía conservar mejor las costumbres porque el gobernador que no era el atribo¹⁵ se sintió desplazado. Ese fracaso era por demás previsible porque en la cultura actual tepehuana los rituales marcan el calendario anual de actividades y no es posible separar los actos civiles de los religiosos.

Los rituales característicos de la Sierra Tepehuana perviven hasta hoy y es ese mundo de creencias y prácticas religiosas el que más ha llamado la atención de los especialistas porque es el más visible.¹⁶ Sin embargo, participar en el costumbre no es obligación de todos los tepehuanos, lo es solamente para los que están cumpliendo con algún cargo y no parece ser un elemento de identidad cultural tan fuerte como la lengua. En Milpillas se siguen descubriendo los santos en la mañana y se cubren en la tarde; se celebran las fiestas tradicionales, las principales son las de San Francisco en octubre, La Candelaria en febrero, Navidad y Semana Santa, además de realizarse cinco o seis mitotes comunales¹⁷ al año (seis es la cantidad deseable) para pedir sobre todo que no lleguen las enfermedades ni haya guerra.

Las fiestas y el cumplimiento de los cargos implican obligaciones todavía muy respetadas por los habitantes de la comunidad. Sin embargo la autoridad del gobernador tradicional se encuentra mermada y poco puede hacer en contra de los delincuentes porque todos ellos andan armados y resulta imposible aplicar los castigos físicos que antes se acostumbraban. El gobernador ya no logra imponer su autoridad moral. Tampoco se involucra como antaño en la conducta de las personas en el seno de la vida privada aunque conserva aún el poder de separar a las parejas. Antes de cada fiesta llama la atención a la comunidad sobre los problemas vigentes, y manifiesta que está esperando de todos que se comporten de manera deseable. Pero el gobernador ya no es “el padre de familia” que era todavía en la primera mitad del siglo XX.

Como en los demás pueblos de la Sierra Tepehuana, la Iglesia católica ha cerrado los ojos sobre la distancia que separan los

14 “El costumbre” son las creencias y los rituales tepehuanos distintos del catolicismo actual. Este vocablo del lenguaje popular ha sido retomado por los antropólogos. Cuando los habitantes de los ranchos de la barranca piden prestada la virgen de la comunidad, por ejemplo, tienen que solicitarla en tepehuán.

15 Este cargo recayó en Abundio Castillo.

16 Los dos libros básicos sobre la cultura tepehuana son los siguientes: José Guadalupe Sánchez Olmedo en *Etnografía de la Sierra Madre Occidental. Tepehuanos y mexicanos*, México, INAH, 1980 (colección científica. Etnología. num. 92) y Antonio Reyes *Tepehuanos del sur*, Serie Pueblos indígenas del México contemporáneo, México, Comisión Nacional para el Desarrollo de los pueblos indígenas, 2006.

17 Éste se diferencia del “mitote de rueda” que es familiar y se acostumbra realizar una vez al año. Sobre el mitote comunal del otro lado del Mezquital: Antonio Reyes Valdez, *Los que están benditos. El mitote comunal de los tepehuanos de Santa María de Ocotán, Dgo.* México, INAH, 2006.

18 Existen dos templos porque a fines del siglo XX el primero, inaugurado el 20 de marzo de 1872, (como lo hace constar una inscripción en una viga), fue abandonado por los fieles cuando se pandeó el techo. Otro edificio fue construido a un lado del que estaba en mal estado en 1987 pero poco después se reparó el antiguo y se construyó una bóveda para cubrirlo. Cuando llegaron los padres franciscanos la comunidad les “prestó” el templo nuevo.

19 Al que se suman las fiestas tradicionales del costumbre que son los mitotes. El patio del mitote comunal se ubica a unos 30 minutos a pie de Milpillas, en una zona boscosa. Un pequeño sendero conduce a ese lugar que bordea un arroyo.

20 Ver mi artículo: “El fracaso de la evangelización en la Sierra Tepehuana y Pueblo Nuevo.” *Historia General del Estado de Durango*, Tomo II, Miguel Vallebuena ed., en prensa en la Universidad Juárez del Estado de Durango. La erección de la parroquia data del 7 de junio de 1966, antes Milpillas pertenecía a la parroquia de Santa María de Ocotán. El primer párroco se llamó Silvestre Rodríguez y se quedó 12 años en el cargo. Después estuvo Milpillas sin sacerdote de planta, hasta que llegaron los franciscanos en 1992: Archivo franciscano, Libro de gobierno, San Bernardino de Milpillas. Agradezco al P. fray José Martín Reza Reyna, OFM y al P. Fr. Edgar Enrique Lupercio Cortés OFM por haberme enseñado esos documentos que pertenecen al archivo del convento.

21 Casi toda la comunidad participó aunque hubo excepciones como fue el caso de Felipa Tomás Galindo quien escapó con sus hijos al Llano llevándose el vestido de seda rosa y el chal negro que había usado para su boda.

dogmas y rituales romanos del costumbre. Los sacerdotes dan a entender que sus creencias son compatibles con el costumbre y sostienen que ambas tradiciones tienen que seguir adelante. Sin embargo, existen obvias contradicciones: hace poco por ejemplo que los habitantes de Milpillas permitieron que los frailes del convento franciscano, nuevamente establecido en 1992 expusieran en el templo el santo sacramento... Esta preponderancia e independencia del costumbre para con el catolicismo son simbolizadas en Milpillas por las dos iglesias¹⁸ que están al centro de todas las ceremonias tradicionales del calendario cristiano:¹⁹ en la más nueva se realizan los ritos romanos, en la otra los del costumbre. En esta última están los “santitos” que venera la comunidad (los más importantes son la virgen de La Candelaria y San Bernardino, el santo patrón del pueblo). La llave la tiene el *cargo* en turno y los sacerdotes nunca offician en ese recinto a menos de haber sido invitado por el gobernador. Las relaciones laxas que mantienen los habitantes de Milpillas con la Iglesia se deben también a la poca atención que han recibido por parte de esa institución. Durante la época colonial fracasó el proceso de evangelización²⁰ y antes de que se establecieran de nuevo los franciscanos a fines del siglo XX, el cura de Pueblo Nuevo llegaba únicamente una vez al año para administrar el bautizo y celebrar misa.

En Milpillas, el último episodio de resistencia abierta al cambio cultural, el cual rebasó el ámbito local, data de 1954. En ese año Simón Ríos, un joven que “estaba mal de la cabeza” por “carecer de sus facultades mentales” y sufrir ataques declaró hablar con la virgen de Guadalupe. Al entrar en transe o por medio de sueños transmitía a la gente lo que le había comunicado la virgen. Pretendió Simón Ríos que ella ordenaba a todos los tepehuanos que se vistieran de nuevo de manta y se deshicieran de chamarras, pantalones y zapatos así como de todo lo que tuviera que ver con la modernidad. “Hágase cuenta que era un padre o era un santo.” Las autoridades se dejaron convencer y los habitantes de Milpillas aventaron entonces por las barrancas sartenes, parrillas de gas y utensilios de plástico, machucaron platos de cerámica comercial y quemaron vestidos “porque era del diablo”. “Un año duró la creencia.”²¹

Se construyó para la virgen un pequeño adoratorio en uno de los cerros que domina San Bernardino al que llegaban danzando



Los dos templos: en el de la izquierda offician los franciscanos, en el de la derecha se llevan a cabo las rituales del costumbre.

FOTO: CHANTAL CRAMAUSSEL, 2010.

vecinos de ranchos de la sierra, de Teneraca, de Taxicaringa, pero también de El Salto, Tayoltita, Curachas, del Nayar, del Mezquitil, así como de Mazatlán y Rosario. La virgen de Milpillas iba a visitar a otras como todavía se acostumbra en la sierra, estuvo en Cerro Amarillo (donde también se había aparecido una virgen) y en Santa María de Ocotán. En la ranchería de Agua Zarca, en el río Guamuchilar, se le apareció a una señora que había ido a buscar sus chivas. Se organizaban de noche procesiones con velas en Milpillas y era tanta la concurrencia que “todo parecía luminaria de tanta lumbre.”

Pero todo se acabó cuando después de entrar en transe Simón Ríos “empezó de grosero con las muchachas”, corrió entonces el rumor de que era “embustero”, además de que “juntó centavo” y se había hecho de unas vaquitas con las limosnas que recibía. Y el movimiento que había levantado tanta pasión “como arte de magia se acabó”. Ríos entregó el violín, la tambora y la campana así como la imagen de la virgen de la cual había promovido el culto, a Andrés Avitia Ramos quien se los había prestado. Decayó la devoción hacia la advocación de la virgen de Guadalupe en particular, puesto que se había descubierto que no era ella quien

22 Término acuñado por Efraín Rangel para la devoción a la virgen de Huajicori, *Imágenes e imaginarios. Construcción de una región cultural en el noroccidente de México*, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2010.

23 Baso este primer apartado en Chantal Cramaussel, "El fracaso" y en "La vertiente occidental de la sierra: el último frente de colonización. 1760-1830", en Miguel Vallebuena, coord., tomo II de la *Historia General del Estado de Durango*, por publicarse en la Universidad Juárez del Estado de Durango.

24 En 1600, se proyectaba ya fundar un convento con indios tepehuanos en Quiviquinta: Archivo General de Indias, México 25, núm. 10, carta de Jerónimo de Arcíniega, capitán de frontera de la Nueva Galicia al conde de Monterrey. Se interrumpe la construcción de ese convento en 1602 por orden del presidente de la Audiencia. En 1902, Quiviquinta era todavía considerado como uno de los ocho pueblos tepehuanos (junto con Lajas, Taxicaringa, Teneraca, Milpillas Grande, Milpillas Chico, Santa María y San Francisco de Ocotán): Carl Lumholtz, *El México desconocido*, extracto reproducido en *Transición 37*, 2007, pp. 102-115.

se quería comunicar con los tepehuanos. Actualmente la virgen principal sigue siendo la de la Candelaria, no existe ningún culto en particular a la virgen de Guadalupe, a pesar que sí hay en el templo como en casi todas las iglesias católicas de México lienzos que representan a esta última.

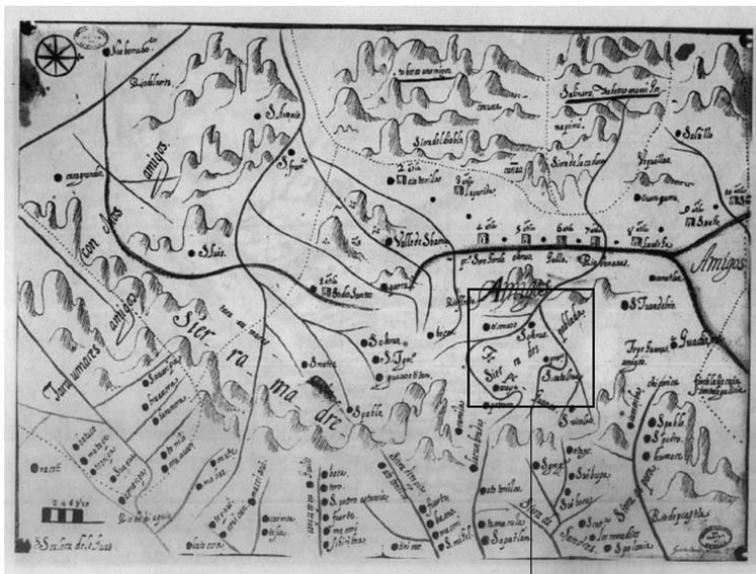
Simón Ríos se casó y tuvo familia pero lo mataron unos años después por brujo, hacía curaciones y al parecer no usaba siempre su arte para bien.

La rapidez con la que se extendió la devoción de la virgen des-cansa en los lazos ancestrales que mantenía todavía Milpillas con muchos ranchos, pueblos y ciudades a mediados del siglo XX. La región cultural²² de la virgen de Guadalupe en 1954, que se puede reconstruir a partir de los lugares de origen de los peregrinos que mencionamos arriba muestra la gran movilidad de la población *audam* que tiene profundas raíces históricas.

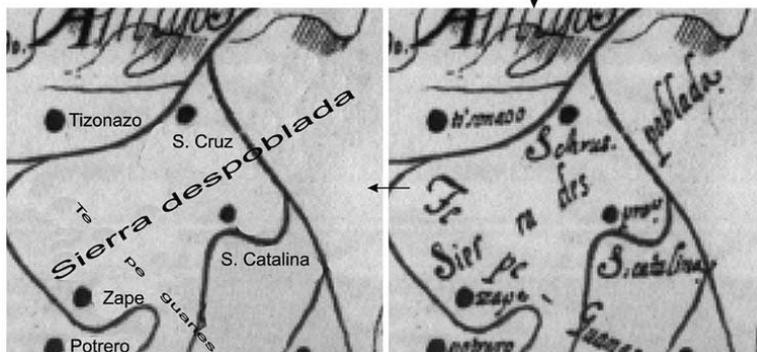
POBLACIÓN Y MOVILIDAD GEOGRÁFICA²³

En los alrededores de Milpillas había probablemente en el momento de la llegada de los españoles una relativa alta densidad de población porque los conquistadores escogían para erigir conventos los sitios donde había una mayor cantidad de personas. Se fundó el asentamiento misional de san Bernardino de Milpillas Chico al inicio de la colonización hispánica en la sierra, a principios del siglo XVII, y se menciona de continuo ese pueblo en la documentación de origen colonial.

En un principio, San Bernardino formó parte, para su evangelización, de la jurisdicción del convento franciscano de Quiviquinta,²⁴ sita ahora en el norte del estado de Nayarit, del otro lado de la barranca del río San Diego, hacia el suroeste, no muy lejos de Balontita. Después de la sublevación de 1618-1619 que puso en llamas la Nueva Vizcaya y en especial la región de Durango y Papasquiario, en Milpillas se concentraron a indios provenientes de la región serrana rebelde; no hay testimonios acerca de combates librados en la parte sur del macizo montañoso aunque los indios sí abandonaron los conventos fundados por los frailes durante la guerra. A la par con la epidemia que diezmo a los tepehuanos en 1618-1619 y tal vez provocó finalmente su derrota, esos traslados de norte a sur de población india contri-



25 Este mapa fue publicado por Guillermo Porras Muñoz en anexo de su libro: *La frontera con los indios de Nueva Vizcaya en el siglo XVII*, México, Banamex, 1980.



MAPA DE LAS ATALAYAS DE 1667. Los tepehuanes rebeldes del norte de la sierra que se despobló fueron trasladados a Milpillas en 1619.

buyeron al prolongado despoblamiento de la sierra tepahuana a lo largo del camino de Topia, como lo muestra el mapa de las atalayas de 1667;²⁵ medio siglo después se consignaba todavía como “despoblada” la sierra alrededor del Zape donde había iniciado la sublevación. El convento de Quiviquinta también quedó abandonado y al final de la guerra, en 1619, San Bernardino pasó a ser sede de una misión franciscana que tenía un solo pueblo de visita: San Francisco de Lajas. Poco se alude en la documentación colonial a rancherías situadas en la barranca porque sólo se reconocían entonces los pueblos fundados por los españoles, aunque tuvieran poca población.

26 Impuesto que tenían que pagar en España todos los sujetos del rey con excepción de la nobleza y del clero. En América todos los españoles eran considerados como hidalgos, es decir como parte de la pequeña nobleza y estaban exentos de tributo. En la Nueva Vizcaya sólo pagaban tributo los indios que no pertenecían a ninguna hacienda ni radicaban de continuo en los reales de minas.

Cuando se rebelaron a su vez los habitantes mexicanos (de habla náhuatl) de San Francisco del Mezquital, Milpillas fue, entre 1693 y 1725 sede de una alcaldía mayor que abarcaba toda la sierra pero no sabemos si realmente el alcalde que nombraba el gobernador de la Nueva Vizcaya residía en el poblado. Cuando menos los franciscanos no permanecieron allí, dos de ellos fueron muertos por los lugareños en 1703 y a partir de esa fecha el convento franciscano se ubicó en San Francisco de Lajas; Milpillas pasó a ser visita del mismo. En 1760, tocó en turno rebelarse a los habitantes de Lajas a quienes el alcalde mayor del real de San Diego del Río quería compeler a laborar en las minas bajo el sistema de repartimiento que obligaba a todos los tepehuanos a trabajar dos meses al año en las haciendas de los españoles a título de tributo.²⁶ Estas exacciones afectaron sin duda la vida de los habitantes de la región que eran al parecer muy pocos, cuando menos entre los empadronados: se dice que San Bernardino tenía 52 personas y Lajas 220 solamente en 1765. Sin embargo, sospechaban las autoridades españolas que eran muchos más los habitantes de la sierra pero éstos se encontraban diseminados. Como no acudían a recibir los sacramentos de la Iglesia católica en las misiones a las que habían sido asignados, era imposible conocer su verdadero número.

Varios fueron los franciscanos encargados de administrar a los tepehuanos pero todos se quejaban de lo mismo: los habitantes de la sierra estaban dispersos, no respectaban los preceptos de la religión católica y no les querían dar de comer. Los frailes tenían que recurrir a la piedad de los vecinos de Acaponeta o a los suministros que les brindaba el convento franciscano de San Antonio, en Durango, para no morir de hambre. Lamentaban los misioneros que en Milpillas pronto se acababa el maíz y que tenían que subsistir con plátanos y carne seca. Existía entonces en San Bernardino la cofradía de La Concepción pero escasas eran las limosnas que recibían los curas por esa vía, ya que casi todo el dinero recolectado se destinaba a las fiestas y a los encargados de éstas. En cuanto a los sacramentos que se cobraban tampoco alcanzaban esos ingresos para la manutención de los sacerdotes. El obispo de Durango ordenó para resolver ese problema que los fieles contribuyeran con dos almudes de maíz al año lo cual hicieron los indios de mala gana, pretextaban no poder cumplir con

esa obligación cada vez que las cosechas no eran buenas. En 1789, en San Bernardino se empadronaron 32 familias y poco más de lo doble en Lajas.²⁷ Como los tepehuanos continuaban resistiéndose a trabajar en las minas, un año después el fiscal de la Audiencia de Guadalajara proyectó reducir a los pocos habitantes de la zona a los asentamientos entonces casi despoblados también de Analco, Santiago Bayacora y El Tunal, en las cercanías de la ciudad de Durango. Pero esa orden quedó como letra muerta ante la rebeldía de los serranos. En 1793 escribió el obispo Tristán al rey que nadie era “capaz de vencer la voluntad pertinaz de una indio para vivir en la más angustiosa soledad y morir ocioso en manos del hambre y la necesidad [...] no se ha conseguido ni conseguirá porque el indio muere en la barranca donde nace y solamente el poder y la fuerza podrán vencer esta inclinación genial (sic)”.²⁸ A la pronta decadencia de San Diego del Río sucedió, a partir de 1784, el auge de las minas del distrito minero de Guarisamey a las que fueron también asignados los pueblos tepehuanos que tenían que mandar tandas de trabajadores a todo lo largo del año. De hecho, Milpillas pasó a integrarse a la jurisdicción civil de Guarisamey a fines del siglo XVIII a pesar de estar ese nuevo real de minas a varios días de camino.²⁹ También en Pueblo Nuevo, donde se habían descubierto minas de oro a principios del siglo XIX, se requirió mano de obra indígena de los pueblos circunvecinos y se dice que el sacerdote José Ignacio Garibay en su mina “La Garibaya” explotaba a los indios que laboraban en su empresa.³⁰ Huían los tepehuanos a la costa, a Rosario, Acaponeta y Matatán para escapar al trabajo minero. Ante los constantes requerimientos de operarios para la extracción de minerales preciosos, a nadie le convenía asentarse en los pueblos reconocidos por los españoles, de modo que el peligro de ser forzado a cumplir con el trabajo de repartimiento reafirmó sin duda el patrón de asentamiento disperso de la sierra.³¹

En las décadas que preceden la independencia de México, constataban las autoridades eclesiásticas que los indios de la sierra no habían podido evangelizarse y que además acogían en sus apartados pueblos a todo tipo de maleantes y fugitivos de la justicia. Entre 1810 y 1815 los lugareños fueron presa de los combates que libraron las fuerzas del rey contra los insurgentes y tuvieron que combatir en alguno de los dos bandos, hasta que se instaló un

27 No se indica el número de personas incluidas en esas familias en Milpillas. En Lajas había 67 familias (700 personas en total).

28 Archivo Histórico del Arzobispado de Durango (AHAD, a continuación), rollo 184, fols. 494-498, 1793 y AHAD 183, fols. 370-380, 1791.

29 A partir de 1824, Milpillas fue parte del municipio de Pueblo Nuevo. Pueblo Nuevo a su vez perteneció al partido de Guarisamey hasta 1867, fecha en la que se incorporó al partido de Durango.

30 José Ignacio Garibay firma en 1849 el libro de casamientos que se conserva en Milpillas y corresponde al periodo 1847-1921.

31 En todas partes durante la época colonial, tendieron a disminuir por ese motivo el número de habitantes indios de las misiones, como lo ha constatado Susan Deeds: *Obedience and Deference under Spanish Rule*, Tucson, University of Arizona Press, 2003.

32 Antonio Avitia Hernández, *El caudillo sagrado. Historia de las rebeliones cristeras en el estado de Durango*, México, Impresos Castellanos, 2000, p. 201. Así sucedió también en Zarcillos donde se vanaglorió Pablo Villanueva, comandante del batallón haber sacado a toda la gente de ese lugar “con el fin de recoger las pocas familias que pudieron haberse quedado después de la batida que se hizo a ese lugar”: Archivo Histórico de San Bernardino de Milpillás, 19 de febrero de 1926.

33 De troncos porque no había con qué trozar los pinos.

batallón realista en Lajas. Fue entonces que se vino a menos San Bernardino de Milpillás y que sus habitantes fueron obligados a despoblar por completo el lugar, unos fueron llevados al Tunal, cerca de Durango, y otros a San Francisco de Lajas.

El capitán avecindado en Lajas se quejaba de que los tepehuanos se ausentaban para sembrar en parajes muy distantes y cuando les faltaba el maíz, iban a matar animalitos por la sierra y se nutrían sobre todo con “yerbas, raíces silvestres desconocidas” y también de limoncillo, hongos y capomas. Tenían además unas huertas de plátanos en la barranca del río San Diego, o Caimán Blanco, que se encontraban deterioradas porque las habían descuidado mucho durante el tiempo en el que anduvieron sublevados. Estos recursos alimentarios y migraciones estacionales siguen siendo de importancia hoy, como vamos a ver a continuación.

San Bernardino nunca fue un asentamiento muy grande en la primera mitad del siglo XX tampoco, tenía según los censos oficiales en los que muy probablemente se sub-registraba la población de las rancherías, 166 habitantes en 1912 y 489 en 1921. Pero Milpillás así como todos los pueblos de la Sierra Tepehuana *audam* fueron borrados del mapa en 1925 la iniciar la primera guerra cristera, y quedó el sitio sin gente hasta su conclusión en 1929. En 1930 se empadronaron 633 habitantes en San Bernardino. Pero poco después, en 1934, estalló la segunda guerra cristera la cual se prolongó hasta 1941. San Bernardino de Milpillás Chico, fue despoblado de nuevo en marzo de 1935 por orden del gobierno.³² De hecho los soldados del gobierno acamparon en la Iglesia y fue entonces que “llegó un señor en un caballo blanco, al que no le pegaron los balazos”. Ese episodio recuerda desde luego la ayuda sobre-natural de Santiago a los españoles, el cual apareció de ese modo para combatir a los infieles, por ejemplo en el sitio de Querétaro en el siglo XVII. Pero esta fugaz aparición no tuvo mayor incidencia en el curso de la guerra cristera. En 1935, los federales quemaron todas las casas, las cuales eran de “traba”,³³ de tableta, o piedra y lodo con techo de zacate. Los habitantes de Milpillás se trasladaron a Llano Grande, donde se estableció un batallón de soldados, a Cerro Gordo, al Salto o a los aserraderos, a Durango o a la costa; otros se refugiaron en la barranca, muchos de ellos en San Diego del Río donde se ubicaba otro fortín del gobierno. Allá, los habitantes de Milpillás siguieron teniendo

gobernador y vivieron de las siembras de *coamil*.³⁴ En los censos nacionales casi todos los asentamientos de la sierra se señalan como “despoblados” hasta los años cuarenta.³⁵

Como lo ilustra el documento publicado en anexo,³⁶ los tepehuanos fueron sobre todo víctimas de la guerra y los más trataron de permanecer neutrales.³⁷ Al igual que durante la Independencia combatieron del lado de los cristeros como del lado del gobierno, muchas veces por la fuerza aunque “a algunos los convencieron los cristeros”. Pero hay personas cuyos parientes fueron llevados por los cristeros bajo amenaza de muerte y que no los volvieron a ver nunca. Estas cicatrices contribuyen a dar actualmente una opinión más bien negativa del movimiento, se recuerda a los adversarios del gobierno como ladrones porque robaban la comida y se decía que “peleaban para comer”, “la mera realidad les gustaban arañar lo que encontraban”. En el censo de 1940, se empadronaron sólo tres personas en la “congregación de Milpillillas Chico”. No todos los antiguos habitantes de Milpillillas regresaron a su pueblo después, unos se quedaron en la costa, otros en Durango, otros más en El Salto, Rosario y Acaponeta. Hubo tepehuanos que permanecieron también en las rancherías de los anexos, en el cañón del San Diego, donde acostumbraba migrar de manera estacional.

Los tepehuanos refugiados en la barranca o en Llano Grande se concentraron en este último punto al acabar la Cristiada antes de volver a Milpillillas. La gente mayor recuerda que todavía a mediados del siglo XX no había más de 20 casas en el pueblo. El número de habitantes creció en las siguientes décadas pero de manera moderada, en el censo de 1970 se empadronaron poco más de 300 personas y en 2000 1,092.³⁸ Se dice que cuando se reunió la gente en Llano Grande algunos mestizos de los antiguos pueblos tepehuanos cercanos a Durango del Nayar y del Tunal, como los Vázquez o los Martínez, se colaron entre los indígenas vistiéndose como ellos para poder tener derechos y acceso a la tierra de San Bernardino. Sin embargo, estos no fueron los primeros vecinos en asentarse junto con los poblanos originales.³⁹ En el libro de actas sacramentales que se conserva en el archivo aparece también gente que no había nacido en la sierra durante la segunda mitad del siglo XIX. Carl Lumholtz en 1902 hablaba ya de la presencia de mestizos en Milpillillas;⁴⁰ pero es muy difícil saber si

34 Ver más adelante acerca del sentido de esta palabra.

35 Chantal Cramaussel, “Historia del poblamiento.”

36 Este documento proviene del archivo local en curso de catalogación. Inicié esa la digitalización del archivo histórico con Gerardo Bañales y la ayuda de la comunidad en agosto de 2010. Seguiremos digitalizando todos los documentos a principios de 2010.

37 Los cristeros eran más bien mestizos o tepehuanos aculturados. Además muchos líderes agrarios se pusieron del lado del gobierno; no hay que olvidar que la segunda Cristiada en el estado de Durango y la reforma agraria coincidieron en el tiempo. La amnistía del último cristero llamado Federico Vázquez data de 1941: Antonio Avitia, *El caudillo*, p. 88.

38 Sin embargo, hay dos veces más personas que habitan rancherías dispersas en las tierras de la comunidad, como ya lo mencionamos.

39 En el siglo XIX como todavía hoy en el lenguaje popular se les dice “vecinos” a los mestizos, y “poblanos” a los indígenas.

40 Carl Lumholtz, p. 4. Sobre ese problema del asentamiento de foráneos en la comunidad, ver más adelante.

41 Efraín Rangel Guzmán, "El mito del camino de los muertos en la cosmovisión tepehuana", *Transición* 36, 2008, pp. 39-63.

42 Efraín Rangel Guzmán, *Imágenes*.

PRINCIPALES FECHAS QUE MARCARON LA EVOLUCIÓN DEL POBLAMIENTO DE SAN BERNARDINO DE MILPILLAS	
Principios del siglo XVII	Fundación del convento franciscano que dependía de Quiviquinta
1619	Concentración en Milpillas de tepehuanos que provenían del norte de la Sierra después de la guerra de 1616-1619
1760-1821	Huida de los lugareños a Rosario, Matatán y Acajoneta, para escapar al trabajo forzado en las minas de San Diego, Guarisamey y Pueblo Nuevo. 1790: orden de la Audiencia de Guadalajara (que no se cumple) de despoblar Milpillas y enviar a sus habitantes a Bayacora, El Tunal y Analco. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII,
1813-1815	Despoblamiento debido a la guerra de Independencia. Se concentran a los habitantes de Milpillas en Lajas
1925	Despoblamiento de la primera Cristiada
1935	Despoblamiento de la segunda Cristiada
De 1940 en adelante	Repoblamiento y éxodo de las nuevas generaciones a las ciudades o a los campos agrícolas en busca de mejores oportunidades

era gente proveniente de otra región o si se trataba de personas que habían adoptado el castellano, la vestimenta y las costumbres de la ciudad. También se dio el proceso contrario, llama la atención actualmente que hay en toda la Sierra Tepehuana indígenas que hablan el tepehuán y son de tez blanca, lo cual parece indicar que mientras hubo tepehuanos que se mestizaron también hubo personas de otro origen que se tepehuanizaron. En los dos casos, es desde luego mucho más importante el mestizaje cultural que el biológico.

LA COSTA Y EL MAR

No hemos encontrado referencias tempranas a ida regulares de tepehuanos a la costa pero los mitos del camino de los muertos y del señor de la sal que recopiló Efraín Rangel⁴¹ son signos inequívocos de su antigüedad. En la primera mitad del siglo XX, salían también de Milpillas peregrinos que iban a Huajicori, antiguo pueblo tepehuán situado en el camino hacia la costa, donde indígenas y mestizos celebraban la virgen de la Candelaria el 2 de febrero.⁴² En Milpillas, por otra parte, las personas mayores usan todavía la expresión "se fue para Chiametla" para decir que alguien se ha muerto. El chamet se sitúa en algún cerro junto a la costa es la morada de los difuntos y el lugar donde desemboca el camino de los muertos, según la leyenda.

La sal, por su parte tiene un valor muy simbólico, ya que abstenerse de ella acompaña toda la preparación que tienen que cum-

plir los que participan en los rituales cuando deben “aguardar.”⁴³ Las limosnas que se dan para ayudar al gobernador en los gastos de las fiestas, aún hoy consisten en fríjol y maíz y sal, a pesar de la actual abundancia y bajo precio de este último condimento. El valor simbólico de la sal está ligado sin duda a la escasez de ese producto que sufrían los pobladores de la sierra todavía en el siglo pasado. Los habitantes de Milpillas se acuerdan de los viajes para procurar sal que realizaban al aserradero de Recocijo, bien abastecido en víveres por ser estación terminal de un ramal del tren de Durango al Salto. La gente de la sierra iba también a recoger sal en las salinas de la costa, a donde se trasladaba durante la época de secas con recuas de animales para poder cargar de regreso el preciado ingrediente. Entonces esa recolección era libre, no se les cobraba nada por la extracción de sal, la cual se hacía en despoblados, cerca del mar, por Rosario o Escuinapa.

Los lazos con la costa se reforzaron desde luego con la contratación de trabajadores indígenas en la minería, primero en Rosario durante la época colonial y después en Curachas y demás centros mineros de Nayarit y de Pueblo Nuevo durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. La posterior necesidad en mano de obra para la pizca en los campos agrícolas del estado de Nayarit atrajo también a muchos poblanos.⁴⁴ Se encontraron esos migrantes con los tepehuanos que habían sido desplazados durante la Cristiada, que evocamos en el anterior apartado.

Un rito ya en desuso pero que realizan todavía algunas personas en Milpillas consiste en “sembrar el agua del mar” con arena en milpas donde se encuentran signos de humedad. Antiguamente, en junio, después de la siembra, se enterraba una jícara de barro en esos sitios para conservar la humedad y durante los siguientes meses “fermentaba el pozo”. Se hace lo mismo en la actualidad con recipientes de plástico que se llenan con agua de mar al aprovechar un desplazamiento a Mazatlán o Rosario. Este ritual al igual que la peregrinación al Cerro Gordo a la que aludiremos más adelante está relacionado obviamente con la escasez de agua ya que es la que más perjudica los rendimientos agrícolas.

Para llegar a la costa, hoy se toma el autobús pero en la primera mitad del siglo XX esos viajes se efectuaban a pie.⁴⁵ Hay dos caminos antiguos desde Milpillas hacia la costa. El primero sigue

43 O “estar benditos” como se dice más bien en la región o’dam. Ver más adelante acerca de esta preparación espiritual.

44 Efraín Rangel, *Imágenes*; estos desplazamientos se explican en el capítulo IV.

45 El caballo es muy poco usado en la región.

46 El puente que atraviesa ese río y se sitúa en el camino que une Milpillás a Pueblo Nuevo, la cabecera municipal, se construyó a fines del siglo XX.

47 Chantal Cramaussel, "La región de San Francisco de Lajas".

48 Chantal Cramaussel, "Historia del poblamiento".

el cordón que pasa por Lajas, Milpillás Grande (en el estado de Nayarit) y conduce a Huajicori, y Acaponeta y de allí a la costa. Una vía alterna en la estación seca es la que sigue el río y pasa por Balontita. El segundo camino que sólo se puede tomar cuando se acaba la estación húmeda porque hay que cruzar el caudaloso río San Diego,⁴⁶ llevaba a Plomosas y Rosario. Ambos caminos quizá de origen prehispánico y ahora en desuso se utilizaban en la época virreinal, para alcanzar desde Milpillás los dos centros de poblamientos coloniales más importantes de la llanura costera: Acaponeta y Rosario.

La creación de carreteras acelera desde luego el transporte hacia las ciudades más importantes pero como se constata en el caso de San Francisco de Lajas desarticula también regiones antiguas.⁴⁷ Las comunicaciones modernas por otra parte alteran la vida cotidiana y conducen al progresivo abandono de los recursos que se ubican en lugares inaccesibles por carretera. La gente poco a poco ya no se traslada a pie y pierde así movilidad, deja de ir y venir de lugares relativamente cercanos, por flojera o simplemente por falta de condición física. Se dice en Milpillás que los que son capaces de recorrer grandes distancias es porque no tienen hiel, la hiel es la que no deja caminar. Pero con o sin hiel, no cualquiera puede andar a pie durante un día entero sin práctica previa o se atreve en la actualidad a dormir en la intemperie. Además, las personas tampoco acostumbran ya desplazarse con carga y los animales que les podrían auxiliar en esa tarea son muy pocos en el pueblo. Sin embargo, muchos habitantes de Milpillás van todavía a la barranca aunque suelen aprovechar el paso de vehículos de motor para acercarse a su punto de destino.

LA BARRANCA DEL RÍO SAN DIEGO

En un artículo anterior⁴⁸ mostré cómo los censos de población de principios del siglo XX indican que los asentamientos tepahuanos de la sierra *audam* se encuentran en su mayoría situados en el cordón que divide la cuenca del río Lajas de la del río San Diego, aunque los hay también en partes más bajas, como por ejemplo el Capomal o el Tepehuaje situados en la ladera este del San Diego (véase mapa núm. 1). El borde de la barranca se encuentra a tres horas a pie de Milpillás. Parece que a principios del



La virgen de la Candelaria. Es actualmente la más venerada. En el siglo XIX, sin embargo, la única cofradía en Milpillas era la de la Concepción.

FOTO: CHANTAL CRAMAUSSEL, 2010.

siglo XX todavía había tepehuanos del otro lado de la corriente, en las quebradas del sur de Pueblo Nuevo donde ahora viven sólo mestizos. Es lo que ilustra tal vez las visitas de la virgen de la Candelaria de San Bernardino a rancherías situadas al oeste del río, en particular a la del Jocuixtle, Agua Caliente y Arellanes, durante la primera mitad del siglo pasado, a pesar de que los censos nacionales no consignaron ya indígenas en esos puntos.

Actualmente la ladera oriental del río San Diego es aún aprovechada por los habitantes de Milpillas para la obtención de

49 La variedad de productos consumidos según la época del año ha sido estudiada por Antonio Reyes Valdez quien se centró en la comida festiva de los tepehuanos: "Los alimentos de los dioses. La tradición culinaria de los tepehuanos del sur de Durango", *Transición* 35, 2007, pp. 58-80.

50 José Guadalupe Sánchez Olmedo señalaba en 1981 que 80% de la producción agrícola de los tepehuanos provenía del *coamil* (p. 57).

51 Bastón para plantar típicamente mesoamericano que al parecer no se conoce hoy en la región.

52 Sánchez Olmedo, *Etnografía*, pp. 61-62, destaca también la importancia de la recolección y cita otras plantas y raíces comestibles como el capirote, el gualcamote, los palmillos, el guapinole, la guámara, la pingüica, la ugalama, la jejita, las hojas de mostaza, la caña de pájaro, el matarique y la flor de un día.

muchos productos agrícolas.⁴⁹ La mayoría de los comuneros y todos los que no tienen "tronco" (yunta) poseen un *coamil*⁵⁰ en la barranca. Se refiere ese término a campos de tumba, quema y roza de las laderas donde se siembra maíz, frijol y calabaza, con azadón o "talacho", que cumple la misma función que la *coa*.⁵¹ Se tumba el monte en febrero después de la Candelaria y se quema el día de la Santa Cruz, el 3 de mayo. El maíz de *coamil* no es el mismo que el de las tierras altas, se siembra en mayo y puede durar hasta enero o febrero. En la barranca el frijol también es de otra clase, es el *colima*, más chico y cuyo sabor es semejante al de la lenteja. La calabaza también es distinta, no es tan aguanosa como la calabaza de agua, tiene un color cenizo y su forma la una bola pescuezona; estas calabazas como en general todo lo que crece en la barranca nunca se venden en las tiendas, son sólo "para el gasto". Se siembra igualmente el *baute* o amaranto que antes era común también en las tierras altas pero en éstas "se ha acabado la semilla".

No existe una división de la tierra en la ladera este del San Diego, la baja densidad de población permite todavía que los interesados escojan a su antojo los terrenos por cultivar. El *coamil* se abre en un lugar con agua, cercano a una cueva donde vivir pero si no la hay se construye una choza. Los advenedizos tienen que ser comuneros o parientes consanguíneos cercanos de comuneros, porque no se aceptan a cuñados ni a primos. En la primera mitad del siglo XX, antes de que se titulara la comunidad, se permitía que se asentara cualquier persona en la barranca, pero ahora la permanencia crea derechos. Esta es la razón por la cual en la sierra las autoridades no dejan establecerse a foráneos en los terrenos de Milpillas. Para vivir en la barranca hay que pedir permiso también a Pueblo Nuevo. Así se controla también la deforestación y la consiguiente erosión puesto que el sistema agrícola de tumba, quema y roza que implica cambiar de terreno de cultivo para que se recupere el monte, no permite altas densidades de población.

Las laderas del San Diego son extremadamente ricas en recursos alimentarios, muchos de ellos silvestres.⁵² Algunas personas de Milpillas confiesan que se criaron "con puras hierbas de la barranca". El maíz ha adquirido una importancia creciente pero la cosecha local de todos modos sólo alcanza a abastecer



Vista área del Capomal en la barranca del San Diego en la que se distinguen los coamiles.

(GOOGLE MAP).

al poblado a lo sumo durante cuatro meses, además no todo el grano se consume de inmediato ya que se tiene que apartar maíz para las ceremonias, en particular para hacer los tamales y fabricar el atole. Uno de los productos alimenticios de la barranca más connotados al que ahora se recurre sólo en temporadas de escasez, es el *sarabique*, una de las raíces que se recolecta durante la temporada de aguas, de sabor un poco amargo. Se le atribuyen grandes virtudes alimenticias e incluso afrodisiacas. Se les da *sarabique* con leche y queso a las mujeres recién aliviadas y durante el periodo de lactancia, así como a sus esposos. También el otate (bambú) que sirve para hacer cercas se come cuando es tierno, así como las jícamas y los camotes silvestres.

En la barranca se da una increíble cantidad de frutas: capomas, clavellines, el arrayán, naranjas, limones, papayas, plátanos y ciruelas; con estas últimas se curaba el pulque que prácticamente se ha dejado de consumir aunque sí se utiliza para fines rituales como vamos a ver más adelante. Los plátanos al igual que las ciruelas se vendían en Durango o en la costa así como

53 En Milpillas, las manzanas se cosechan todas juntas el 15 de agosto. Los duraznos son muy numerosos igualmente en las tierras de la comunidad junto a la iglesia. Llama la atención que la fecha de la cosecha sea fija porque las frutas no maduran siempre al mismo momento todos los años. Por otra parte, los árboles frutales no se podan, ni se deshierba la tierra alrededor de éstos. A pesar de ello, el sabor de estas frutas introducidas en Milpillas por los españoles es excelente.

54 También había henequén y lechuguilla para hacer sotol. La lechuguilla proporciona además la fibra llamada *soyate* para hacer sombreros y demás manualidades.

55 Todavía no se sabe cuál era el origen de los mexicaneros de Durango de habla náhuatl. En Pueblo Nuevo se impuso ese idioma en el siglo XIX, como lo aclaro en "El fracaso". José Fernando Ramírez menciona también a mediados del siglo antepasado en el distrito de Copala el uso de esa lengua "hoy corrompida y mezclada con la tepehuana" y afirma que la hablaban "cuatro o cinco pueblos de Durango rayanos con aquel territorio": *Noticias históricas y estadísticas de Durango, México*, Ignacio Cumplido, 1851.

56 Lo mismo hicieron los lajeños durante la rebelión de 1790, se habían ido del pueblo cargando con las estatuas del templo.

las manzanas y los duraznos del pueblo.⁵³ El quelite de las barrancas es el llamado "machucador" que sale en la temporada húmeda. Las bayuzas, los quiotes y el aguamiel de los magueyes silvestres *tepeteme* que son más numerosos en las tierras bajas que en la sierra son alimentos de importancia.⁵⁴ En la barranca se consumen también las semillas de los *taltayotes* de borrego. Además están los "cuadrados", que provienen de una enredadera de unos 40 cm que produce una bola en la raíz la cual se tatemala antes de ingerirse, tiene esa planta una fruta cuadrada que sabe a tomatillo agrio y se come a mordidas. Llama mucho la atención el origen náhuatl del nombre de muchos de esos alimentos, no deja de recordar posibles migraciones de la planicie costera realizadas durante la época colonial que hubieran enriquecido las fuentes alimenticias locales, a menos de que pequeños grupos de habla náhuatl vivieran en la sierra antes de la conquista.⁵⁵

En el caudaloso San Diego se sacaban peces que se secaban para conservarlos más tiempo y también proliferaban en su corriente las langostas o camarones de río. Durante un tiempo el pescado del San Diego sustituyó al de los arroyos que atraviesan Milpillas los cuales se contaminaron muy pronto cuando se comenzó a utilizar jabón industrial, cloro y aventar basura a las corrientes de agua. En tierra caliente se reproducían los ardillones, los tejones y los armadillos, de los que había plaga pero al parecer éstos se encuentran hoy extinguidos al igual que en la sierra, y se cazaban las "jabalinas" (pecaríes) y los venados los cuales son muy pocos ahora. En las laderas del cañón pastan también vacas, burritos, mulas y chivas en la actualidad, pero no se pueden meter borregas porque se ladean en terrenos empinados.

La barranca tiene además de toda esa riqueza un valor simbólico. Se considera como el lugar donde se conserva mejor las tradiciones y en particular la lengua tepehuana. Se dice que la gente mayor que vive por allá tiene más ascendente moral y es "más indígena". Durante la guerra cristera, a la que los poblanos se refieren como "La revolución", allá en las quebradas los poblanos llevaron consigo los santos de su devoción los cuales "legalmente son de la comunidad": san Bernardino, la Virgen, Santiago y san José.⁵⁶ En esa ocasión escondieron también los registros parroquiales como lo hace constar el documento publicado en anexo.

La ayuda asistencial que proporciona actualmente el gobierno mexicano mediante el envío de maíz y fríjol, el establecimiento de una tienda Diconsa (que la gente llama todavía Conasupo) así como la renta bi-anual que perciben los comuneros por la explotación del bosque, la cual les permite tener mejor acceso al mercado, han hecho que desapareciera sin duda la escasez de alimentos pero también la rica y variada comida tradicional basada en buena parte en los productos de la barranca. La deforestación y la erosión⁵⁷ desempeñaron también un papel en la pérdida de la riqueza gastronómica local pero no son las únicas causantes de ese empobrecimiento, hay también factores culturales que aceleraron el proceso. Los jóvenes actualmente desprecian todos los alimentos provenientes de la recolección, “sólo quieren comer lo que se vende en la tienda”. Parece que lo mejor consiste en consumir galletas que se acompañan con coca-cola. El abuso de esta última bebida es general en Milpillás, a pesar de su costo y alto contenido en azúcar y cafeína. Las sopas Maruchan, las papas fritas o dulces con chile de muy bajo valor alimenticio son también muy apreciados y su consumo es exagerado.⁵⁸

LA TIERRA FRÍA Y EL CERRO GORDO

En las tierras altas que dominan Milpillás hacia el este, se recolectaban también alimentos y se cazaban venados,⁵⁹ pecaríes, los tejones, las palomas de monte, la iguana, la víbora chilladora que sabe a pescado, y los conejos que casi han desaparecido ya. En la época de aguas se arrancaban el “quelite de marrano” y las verdolagas, se recolectaban hongos⁶⁰ y se cosechaban en el otoño las bellotas, de sabor agridulce que se preparaban con cebolla y chile y que eran muy apreciadas por su harina en muchas regiones del norte de México. Pero además se recogía miel de *chacuaco* (abeja pequeña que produce miel y “cera de Campeche” y cuya colmena es gorda) así como la miel de las abejas alazanas mucho más grandes, sin contar la que fabrican las mejor conocidas abejas negras nombradas *guarichis*. Pero se aprovechaba sobre todo las tierras boscosas de la sierra para “ranchar” es decir llevar a los animales a terrenos de agostadero durante la temporada húmeda, mientras se sembraba en las joyancas (o joyas, tierras aluviales que forman los recodos de los ríos).

57 Aludida por Antonio Reyes, “La comida”.

58 Ya había notado en 1981 esos malos hábitos Sánchez Olmedo, *La Etnografía*.

59 El venado es muy importante para celebrar los mitotes en los cuales se acostumbra consumir su carne. En esa ceremonia se baila “el juego del venado” al igual que en todos los pueblos indígenas del Noroeste mexicano y suroeste de Estados Unidos. Es muy famosa esa danza entre mayos y yaquis.

60 Hay muchos tipos de hongos comestibles, están el rojo o colorado, el *tisnarate* amarillo y el *tásnara* blanco; las orejas de ratón (*bauzuk*), las orejas de ardillón (*báukush*), los hongos de curata, y los de lenguas de *nish* que son cenizos y se asemejan a las codornices. También se consume el huítlacoche. Reyes Valdez, “La comida”, p. 60, cita a Martha González Elizondo quien menciona 14 tipos de hongos comestibles.

61 No aparecen asentamientos por ese rumbo en el muy detallado censo de 1912 mientras que sí se enlistan los que se ubican en las cercanías de Milpillás o en la barranca. Lo mismo sucede en 1940. Lo cual no quiere decir que no hubo ningún poblamiento anterior a la conquista española, como de hecho lo muestra la investigación arqueológica que está desarrollando de José Luis Punzo por parte del Instituto Nacional de Antropología e Historia en El Maguey.

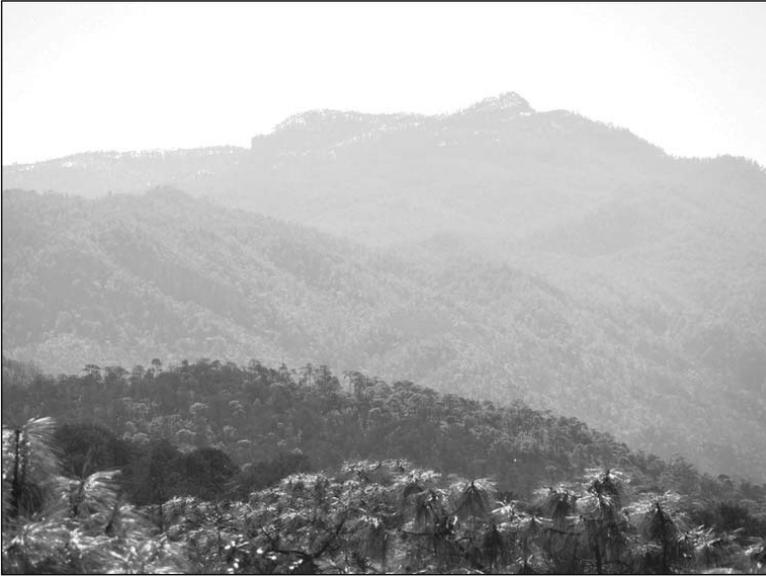


El maguey masparillo. Se comen sus pencas después de tatarlas.

FOTO: CHANTAL CRAMAUSSEL, 2010.

También se recogían los tomates del pájaro, de tipo silvestre que se da como las uvas en la naturaleza. En la región intermedia donde se ubica San Bernardino, entre la barranca y las cumbres de la sierra, crece un maguey con el cual todavía en la primera mitad del siglo XX también se hacía mezcal, es el *chimate* o *mascarillo* (que se llama *masparillo* en Milpillás); éste es más pequeño que el de Castilla (éste último propio del altiplano central y de los lugares cercanos a las casas habitación). El *chimate* se tatema y se comen sus pencas. Del maguey “doméstico” o dulce de Castilla que crece en la sierra se sacaban pita blanda para hacer redes y pita dura para fabricar lazos y sogas.

La tierra fría al este de Milpillás está muy despoblada, de hecho no hay ningún asentamiento importante por ese rumbo después de Llano Grande, a una hora al este de Milpillás. Entre el Llano y Durango (a unas 4 o 5 horas más de viaje en camioneta, dependiendo del estado del camino) sólo se encuentran aserraderos y pequeñas rancherías. Esta región que pertenece actualmente a la comunidad de Milpillás hasta Cuevecillas es ya en su casi totalidad mestiza, parece ser producto de un poblamiento más reciente⁶¹ aunque los habitantes de Milpillás siempre han aprovechado por temporadas los recursos de esa parte de la sierra.



Vista del cerro Gordo desde el camino que conduce de Milpillas a Durango.

FOTO: CHANTAL CRAMAUSSEL, 2010.

Hacia las tierras altas del oriente de San Bernardino, las autoridades tradicionales realizan en mayo, antes de la estación de lluvias, la peregrinación al Cerro Gordo o Cerro Sagrado. Este lugar se encuentra en las tierras de la comunidad, al sureste de Milpillas, “pasando la línea de Santiago de Teneraca”. El Cerro Gordo es el punto culminante de la sierra, la cumbre de este volcán se ubica a 3,505 metros sobre el nivel del mar. No está en actividad sin embargo despide “ronquidos” subterráneos antes de que comiencen las lluvias o cuando va a nevar. Los tepehuanos comparten con los coras y los curanderos huicholes este centro ceremonial que fue declarado “patrimonio de la humanidad” el 28 de abril de 2008.

El objetivo de la peregrinación de los tepehuanos al Cerro Gordo es en primer lugar pedir por el agua, que no lleguen las langostas cuando el invierno fue demasiado templado, que no haya viento ni caiga granizo. Vuelven los devotos con agua del cerro en un jarrito de barro que también siembran, del mismo modo que lo enunciamos arriba en el caso del agua de mar. Antes, en el camino de regreso, pasaban por un punto llamado el “Salto del agua llovida” donde también se recogía el vital líquido para “sembrar agua” que a veces se mezclaba con agua de mar, y tenía

62 El primer síntoma de la enfermedad causada por el robo es una fiebre muy alta. Nadie puede curarse de ese mal de origen sobrenatural.

63 Ver, por ejemplo, las mandas que pagan los fieles al peregrinar al Tizonazo, cerca de Indé en el norte del estado de Durango: Chantal Cramaussel y Salvador Alvarez, "La peregrinación a San José del Tizonazo, Durango", *Las Peregrinaciones religiosas: una aproximación* (Carlos Garma y Robert Shadow Coords.), Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1994, pp. 169-213.

que enterrarse antes de las 72 horas. El que realiza el ritual de la siembra del agua, se tiene que bañar y "antes de que el pájaro vea" (a las cuatro de la mañana) se entierra el jarro y se tapa con una piedra delgada. Al año "se visita la olla para ver qué resultado va teniendo" y cuando vienen las lluvias se hace un pocito y si éste se llena de agua, hay que cercarlo para que no pisen los animales el nuevo manantial.

El recorrido entre Milpillas y Cerro Gordo que antes se efectuaba a pie duraba cinco días. Ahora en vehículo de motor toma unas horas, salen los peregrinos a las 6 de la mañana para llegar a las 3 de la tarde y regresar al día siguiente. Todos los participantes están vestidos al igual que las autoridades a la usanza tradicional como en los demás ceremoniales. Todos tienen que "aguardar" durante cinco días antes de emprender ese viaje ritual, es decir que no deben tomar alcohol, ni bailar, sin tener relaciones sexuales, ni pelearse con su pareja, ni cantar, ni chiflar. Además ayunan todos los días al no comer nada antes de las 5 de la tarde.

Acompañan a los *cargos* personas que pagan manda o esperan todo tipo de favor del cerro. Las autoridades de Milpillas después de hacer los ritos acostumbrados en Cerro Gordo siguen con la peregrinación hacia otros puntos culminantes de la zona, donde también dejan ofrendas como en el cerro de San Miguel o en el cerro de la Grulla. Éstas consisten en animalitos de papel o petate semejantes a los alebrijes, cuartas de caballo, cazuelas, y monedas con las cuales se construyen "torrecitas". Una de las ofrendas de rigor consiste en un guaje de pulque que se vierte en una olla nueva con azúcar porque el dulce produce espuma y representa las nubes. Los tepehuanos ofrendan todas estas cosas para tener más de lo que cada una representa. Nada pueden llevarse consigo los peregrinos, de hacerlo corren el riesgo de enfermarse gravemente⁶² pero pueden "pedir prestado" con tal de tener la firma intención de saldar después su deuda. En caso de no poder cumplir tienen que ir a "pedir perdón al cerro". La peregrinación al Cerro Gordo que consistía originalmente en pedir agua y buenas cosechas tiende a asemejarse actualmente a muchas otras peregrinaciones en las que se pagan mandas de todo tipo.⁶³

El aprovechamiento de los recursos alimentarios de la costa, de la barranca y de la sierra, se relaciona con una serie de ceremonias y leyendas que han creado símbolos impresos en el paisaje y

son otras tantas huellas de los traslados de los tepehuanos a distintos ámbitos geográficos para asegurar su sobrevivencia. Pero al disminuir esas migraciones estacionales en el último medio siglo el ritual, vaciado de su sentido práctico, tendrá que cobrar nuevos significados, como de hecho sucede en Cerro Gordo, para no caer en desuso al igual que los mitos y rituales que recordaban los desplazamientos de los habitantes de San Bernardino de Milpillas Chico a las costas del Pacífico. El más llamativo de todos era el de “sembrar agua del mar” para que las milpas no carecieran de humedad.

BIBLIOGRAFÍA

- AVITIA HERNÁNDEZ, Antonio, *El caudillo sagrado. Historia de las rebeliones cristeras en el estado de Durango*, México, Impresos Castellanos, 2000.
- CRAMAUSSEL, Chantal, "La región de San Francisco de Lajas, Durango. Los tepehuanos audam de la vertiente occidental de la Sierra Madre", *Transición* 35, 2007, pp. 21-22.
- _____, "Historia del poblamiento del municipio de Pueblo Nuevo, Durango", *Revista de Historia* 37, 2009, pp. 10-37.
- _____, "El fracaso de la evangelización en la Sierra Tepehuana y Pueblo Nuevo," *Historia General del Estado de Durango*, Tomo II, Miguel Vallebuena coord., en prensa en la Universidad Juárez del Estado de Durango.
- _____, "La vertiente occidental de la sierra: el último frente de colonización. 1760-1830", en Miguel Vallebuena, coord., tomo II de la *Historia General del Estado de Durango*, en prensa en la Universidad Juárez del Estado de Durango.
- _____, y Salvador Alvarez, "La peregrinación a San José del Tizonazo, Durango", *Las Peregrinaciones religiosas: una aproximación* (Carlos Garma y Robert Shadow Coords.), Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1994, pp. 169-213.
- DEEDS, Susan, *Obedience and Deference under Spanish Rule*, Tucson, University of Arizona Press, 2003.
- HUMBOLDT, Alejandro de, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, Colección Sepan Cuantos, núm. 39, México, Porrúa, 1966.
- LUMHOLTZ, Carl, *El México desconocido* (1902), extracto reproducido en *Transición* 37, 2007, pp. 102-115.
- Murra, John Victor, *La organización económica del estado inca*, México, siglo XXI, 1980.
- PORRAS MUÑOZ, Guillermo, *La frontera con los indios de Nueva Vizcaya en el siglo XVII*, México, Banamex, 1980.
- RAMÍREZ, José Fernando, *Noticias históricas y estadísticas de Durango*, México, Ignacio Cumplido, 1851.
- RANGEL GUZMÁN, Efraín, "El mito del camino de los muertos en la cosmovisión tepehuana", *Transición* 36, 2008, pp. 39-63.
- _____, *Imágenes e imaginarios. Construcción de una región cultural en el noroccidente de México*, en prensa.
- REYES VALDEZ, Antonio, *Los que están benditos. El mitote comunal de los tepehuanes de Santa María de Ocotán, Dgo.* México, INAH, 2006.
- _____, *Tepehuanes del sur*, Serie Pueblos indígenas del México contemporáneo, México, Comisión Nacional para el Desarrollo de los pueblos indígenas, 2006.
- _____, "Los alimentos de los dioses. La tradición culinaria de los tepehuanes del sur de Durango", *Transición* 35, 2007, pp. 58-80.
- SÁNCHEZ OLMEDO, José Guadalupe, *Etnografía de la Sierra Madre Occidental. Tepehuanes y mexicanos*, México, INAH-Secretaría de Educación Pública, 1980 (colección científica. Etnología. núm. 92).